

Seguro Lafayette del asentimiento del rey y de la reina, y apoyado en la indignacion de la guardia nacional, que empezaba ya á cansarse de los facciosos, se atrevió á tomar con aquel príncipe el tono de un dictador y á pronunciar contra él un destierro arbitrario, cubierto bajo las apariencias de una mision aceptada espontáneamente. Suplicó por tercera persona al duque de Orleans que le concediese una cita en casa de la marquesa de Coigny, mujer noble y espiritual adicta á Lafayette, y á cuya casa iba alguna que otra vez el duque. Después de una conversacion que sólo las paredes oyeron, pero cuyo contenido pudo adivinarse por los resultados, conversacion á la que Mirabeau llamaba *muy imperiosa por una parte y muy resignada por otra*, se convino en que el duque de Orleans saliese inmediatamente para Lóndres.

Los amigos del príncipe le hicieron variar de resolucion aquella misma noche, y así se lo escribió á Lafayette. Este le dió otra cita, en la que le intimó que mantuviese su palabra y que partiese en el término de veinticuatro horas, conduciéndole en seguida al cuarto del rey. Allí aceptó el príncipe la mision ficticia y prometió no omitir nada en Inglaterra para destruir los complots de los fautores de los disturbios del reino. «Vos estais más interesado en ello que ningun otro,—le dijo Lafayette en presencia del rey,—porque nadie está más comprometido que vos.» Instruido Mirabeau de la violencia ejercida por Lafayette sobre el espíritu del duque, ofreció á éste sus servicios y trató de seducirle por última vez, presentándole la posibilidad en que se hallaba de apoderarse del rango supremo. Para esto habia ya concebido el plan del discurso que habia de pronunciar al día siguiente en la Asamblea. En él denunciaria como una conspiracion del despotismo aquel golpe de Estado contra un solo ciudadano en cuya libertad se atentaba contra la de todos los demas, «esta violacion de la inviolabilidad de los representantes de la nacion en el destierro de un príncipe de la sangre; mostraria á Lafayette como sirviéndose de la mano del rey para herir á sus rivales de popularidad y para cubrir su insolente dictadura con la sancion veneranda del jefe de la nacion, cabeza al mismo tiempo de la familia real». Mirabeau no dudaba que se sublevaria la Asamblea contra una tentativa tan odiosa, y prometió á los amigos del duque de Orleans que se verificaria uno de aquellos cambios rápidos de opinion que elevan al hombre á una altura mayor que aquella de donde ha caido. Estas palabras, sostenidas por las súplicas de Laclos, de Sillery y de Lauzun, hicieron vacilar por segunda vez al príncipe en su resolucion. Conoció éste que era vergonzoso aquel destierro voluntario, en el cual no habia visto anteriormente sino magnanimidad. En consecuencia, volvió á escribir al amanecer diciendo que no marcharia.

Lafayette le hizo llamar entónces á casa del ministro de Negocios extranjeros. Allí el príncipe se dejó vencer otra vez, y escribió á la Asamblea destruyendo de antemano todo el efecto de la denuncia de Mirabeau. «Mis enemigos pretenden—dijo el duque á Lafayette—que os jactais de tener contra mí pruebas de complicidad en los atentados del 5 de Octubre.» «Mis enemigos sí que son los que lo dicen,—respondió Lafayette;—si yo tuviese pruebas contra vos, ya os hubiese hecho prender. No las tengo, no, lo que hago es buscarlas.» El duque de Orleans marchó.

Nueve meses habian transcurrido desde su vuelta. La Asamblea constituyente habia dejado la Constitucion que acababa de votar bajo la tutela de la anarquía, y

sin nadie que fuese capaz de defenderla. El reino se hallaba en el mayor desorden; los primeros actos de la Asamblea legislativa anunciaban la vacilacion de un pueblo que hace alto sobre una pendiente escarpada, pero que está decidido á bajar por ella hasta llegar al valle.

IV

Los girondinos, adelantándose desde el primer paso al partido de Barnave y los Lameth, indicaban su intento de empujar á Francia sin prepararla hasta la república. El duque de Orleans, á quien su larga permanencia en Inglaterra habia proporcionado tiempo suficiente para reflexionar léjos de las facciones, sintió hervir en sus venas la sangre de los Borbones. No dejó por esto de ser patriota, pero comprendió muy bien que la salvacion de la patria, cuando se veia amenazada de una guerra inminente, no consistia en la destruccion del poder ejecutivo. Tambien debió despertarse en su corazon cierta compasion al ver lo mucho que sufrían el rey y la reina, pues por más que los odiase, no se habian extinguido en él aún todos los sentimientos generosos. Hallábase ya suficientemente vengado con los acontecimientos de Octubre, con la humillacion del rey ante la Asamblea, con los insultos cotidianos del populacho á María Antonieta y con las terribles noches que pasaba aquella familia, cuyo palacio no podía ya llamarse sino una prision; quizá temia tambien que la revolucion fuese ingrata con él, y llegase á tratarle del mismo modo que estaba tratando á sus más inmediatos parientes.

El duque habia salido para Inglaterra contra su voluntad, pero habia permanecido allí porque habia llegado á persuadirse de que su nombre era un pretexto del cual se servian para todas las agitaciones de Paris. Laclos habia ido varias veces á Lóndres á tentar de nuevo la ambicion del desterrado y á echarle en cara su condescendencia con Lafayette, condescendencia que Francia tomaba por cobardía. El orgullo del príncipe se habia sublevado en vista de tal idea, y amenazaba con que se volveria á Paris. Las representaciones de Mr. de la Luzerne, ministro plenipotenciario de Francia en Lóndres, las de Mr. de Boinville, ayudante de campo de Lafayette, y finalmente su propia prevision, habian prevalecido sobre las instigaciones de Laclos. Hay una prueba de esto en una carta de Mr. de la Luzerne, hallada en la *alacena de hierro* entre los papeles reservados del rey. «Declaro—dice Mr. de la Luzerne—que he presentado al señor duque de Orleans á Mr. de Boinville; ayudante de campo de Mr. de Lafayette; que este oficial ha hecho presente al duque de Orleans que no convenia que se presentase en Paris en estos momentos, porque no faltarian algunos hombres malintencionados que se servirian de su nombre para promover disturbios y alborotos, no sólo en la capital, sino quizá en todo el reino, por cuya razon le suplicaba que retardase su vuelta á Paris. El señor duque de Orleans, que no quiere dar el más mínimo pretexto para que se turbe la tranquilidad pública valiéndose de su nombre, ha consentido gustoso en acceder á lo que se le suplicaba.»

Por fin partió, y en cuanto llegó á Francia trató de que se le emplease en la marina; pero cuantos pasos dió fueron inútiles. Así las cosas, Mr. Bertrand de Molleville le envió el nombramiento de almirante cuando ménos lo esperaba el duque. En cuanto lo recibió, fué á dar las gracias al ministro, y le dijo que tenia á

gran dicha la gracia que el rey acababa de concederle, porque le proporcionaba ocasion de dar á conocer á aquel príncipe que le habian calumniado vilmente los que le habian atribuido unos sentimientos de los que estaba muy distante. «Soy muy desgraciado,—prosiguió;—se han servido de mi nombre para imputarme unos horrores de que todo el mundo me ha creído culpable porque he desdeñado justificarme. Pronto se verá si mi conducta confirma lo que estoy diciendo.»

El aire de franqueza y de lealtad y el tono expresivo con que hablaba el duque afectaron al ministro, que estaba muy prevenido contra él y que hasta entónces le habia tenido por culpable. Preguntó éste al príncipe si tendria inconveniente en hablar al rey aquel mismo lenguaje, con lo cual daria consuelo á su corazon, porque él temia transmitir á su majestad las palabras que acababa de oír, conociendo que no podria darles toda la significativa energía que tenian en sí. El duque acogió alborozado la idea de ver al rey si éste se dignaba recibirle. Manifestó su intencion de ir al dia siguiente á palacio, y advertido el rey de esta novedad por su ministro, le aguardó impaciente, permaneciendo los dos encerrados en el cuarto del rey por largo rato.

Un escrito autógrafo, redactado luégo por el duque de Orleans para justificar su memoria ante sus hijos y ante sus amigos, va á iniciarnos en los misterios de esta conversacion reservada. «Los demócratas exaltados—dice—han pensado que yo queria establecer la república en Francia; los ambiciosos han creído que, prevalido yo de mi popularidad, queria forzar al rey á que me entregase la direccion del reino; finalmente, los patriotas virtuosos han visto en mí la misma virtud que ellos tienen, y han pensado que yo me sacrificaba sin reserva por la causa pública. Los unos me han hecho peor, y los otros mucho mejor de lo que soy efectivamente. Hasta ahora yo no he hecho otra cosa que seguir los impulsos de mi voluntad, que me inclina hácia las ideas liberales. He creído ver la imágen de la libertad en los parlamentos, que cuando ménos tienen su lenguaje y sus formas. Así es que yo he abrazado este fantasma de representacion, y me he sacrificado hasta tres veces por los parlamentos; las dos primeras por conviccion, la tercera por no desmentirme á mí mismo. Habia estado ya largo tiempo en Inglaterra, y habia visto allí la verdadera libertad. Por esta razon, no dudé en los Estados generales que Francia quisiese conquistarla. En cuanto pude entrever que Francia tendria ciudadanos, quise yo tambien ser uno de ellos. En esto consistió el que, sin reflexionar detenidamente sobre lo que hacia, sacrificase un rango y unos privilegios que me separaban de la nacion. Nada me costó este sacrificio. Aspiraba á ser diputado, y lo fuí; me afilié en el partido del estado llano, no por espíritu de faccion, sino por justicia. Segun mi modo de ver, desde aquel momento era ya imposible impedir que la revolucion se llevase á cabo. Várias personas de las que rodeaban al rey pensaron de una manera muy diferente. Entónces se reunieron tropas, y éstas cercaron la Asamblea nacional. Paris se creyó amenazado y se sublevó; los guardias franceses, que vivian entre el pueblo, le siguieron. Esparcióse al ver esto el rumor de que yo habia sobornado aquel regimiento, pero voy á decir francamente mi opinion sobre este particular. Si los guardias franceses se hubiesen portado de otro modo, es cuando yo hubiese creído que les habian sobornado, porque el haberse manifestado hostiles al pueblo de Paris hubiese sido una cosa contra naturaleza. Se dirá que mi busto y el de Necker fueron paseados por las calles públicamente el 14 de Julio.

¿Y por qué? Porque aquel ministro de la esperanza pública era adorado de la nacion, y porque mi nombre se hallaba en las listas de los diputados de la Asamblea que, segun se decia, habian de ser arrestados con aquel ministro por las tropas que se habian llamado á Versalles. En medio de unos acontecimientos tan favorables para un faccioso, ¿qué es lo que yo hice para aprovecharme de ellos? Me oculté y traté sin afectacion de evitar que el pueblo me viese; no aprobé los excesos cometidos por él, y me retiré á pasar la noche á mi posesion de Mousseaux; al dia siguiente me fuí sin ningun acompañamiento á la Asamblea nacional de Versalles. En el momento dichoso en que el rey se decidió á echarse en brazos de la Asamblea, me negué á ser uno de los miembros de la diputacion que iba á llevar esta noticia á la capital. Esto lo hice porque temia que me tributasen un homenaje que sólo al rey era debido. La misma conducta observé en las jornadas de Octubre, en cuyos dias me ausenté para no añadir un elemento más á la fermentacion en que se hallaba el pueblo, y hasta que se restableció la calma no volví á aparecer. En Sevres me hallé con unos grupos de asesinos que llevaban las cabezas de los guardias del rey, y uno de ellos, arrojándose sobre mis caballos, disparó un tiro al postillon; de suerte que yo, pretendido jefe de aquellos hombres, estuve á pique de ser víctima suya. Debo mi salvacion únicamente á unos cuantos guardias nacionales de un puesto inmediato al sitio en donde me sucedió esto, que me escoltaron hasta Versalles, adonde, en cuanto llegué, subí á palacio, conteniendo ántes y haciendo callar al inmenso pueblo que estaba en el palacio de los ministros. Yo fuí uno de los que tuvieron parte en el decreto por el cual se declaró la Asamblea inseparable de la persona del rey. Entónces, sin embargo, Mr. de Lafayette me pidió una cita y me manifestó en nombre de su majestad lo mucho que deseaba verme salir de Paris para quitar todo pretexto plausible á las agitaciones populares. Seguro en adelante del triunfo de la revolucion, y no temiendo ya por ella sino los disturbios con que se querria tal vez entorpecer su marcha, obedecí sin titubear, no poniendo otra condicion que el que se me permitiese pedir permiso á la Asamblea nacional para efectuar mi viaje. La Asamblea me lo concedió, y yo marché inmediatamente. Conmovo el pueblo de Boulogne por una intriga que puede muy bien achacárseme, pero á la cual me mostré absolutamente extraño puesto que no accedí á sus deseos, quiso detenerme allí á la fuerza, oponiéndose á que me embarcase. Confieso que me enternecí, pero no cedí á aquella violencia del favor del pueblo, y le hice entrar en su deber. Este viaje y mi ausencia hicieron que se abusase de una porcion de cosas enteramente inocentes para imputarme los más odiosos atentados cuando no podia refutarlos por mí mismo. Segun se decia, yo habia querido forzar al rey á huir de Versalles con el Delfín; pero Versalles no es toda Francia. El rey se hubiese encontrado con su ejército y con la nacion fuera de aquella ciudad, y el único resultado de mi ambicion hubiese sido la guerra civil y la dictadura militar de que se hubiera investido el rey necesariamente. Ademas de esto, quedaba el conde de Provenza, heredero natural del trono abandonado. Siendo éste popular como lo era, y habiendo pertenecido conmigo al partido del pueblo, cuanto yo hubiese hecho no hubiera sido más que trabajar en beneficio suyo. No es esto todo. Aún quedaba el conde de Artois en el extranjero, y éste y sus hijos, que estaban más cerca del trono que yo, se hallaban en completa seguridad y libres de que les alcanzasen los

puñales que se pretendía estaban pagados por mí para atravesar sus pechos. ¡Qué serie de locuras, de absurdos y de crímenes inútiles! El pueblo francés no ha cambiado de sentimientos ni de carácter al efectuar su revolución. Yo me persuado de que el conde de Artois, á quien quiero mucho, hará la prueba de ello; yo me complazco en creer que, acercándose de nuevo á un rey que él quiere y de quien es amado con ternura, y á un pueblo á cuyo amor le dan tantos derechos sus relevantes prendas, volverá en días más tranquilos á gozar de la parte que le cabe en el amor que la nación más sensible y más amante ha profesado siempre á los nietos de Enrique IV.»

Estas razones ú otras semejantes, mezcladas sin duda con la manifestación del arrepentimiento y con aquellas acciones mudas que tienen mucha más fuerza que las palabras en ocasiones tan solemnes, convencieron, si no el ánimo, al menos el corazón del rey. Este excusó, perdonó y esperó. «Creo como vos—dijo enternecido á su ministro—que el duque de Orleans vuelve de buena fe, y que hará todo cuanto de él dependa por reparar los males que ha hecho, en los cuales puede ser muy bien que no tenga tanta parte como habíamos creído.»

El príncipe había salido del cuarto del rey reconciliado consigo mismo, y más resuelto que nunca á no tolerar que su nombre sirviese de pretexto á los facciosos. Poco trabajo le había costado sacrificar su ambición, porque no la tenía; en cuanto á su popularidad, le había abandonado ella misma para ir á echarse en los brazos de ciertas personas de una categoría muy inferior á la de Orleans. Este no tenía ya en adelante otro sitio en donde estuviese seguro y honrado que la Constitución y la inmediación al trono. Su corazón le conducía allí lo mismo que su deber, y admiraba más al hombre en Luis XVI que al rey. La adulación y los resentimientos de corte echaron á perder tan buenas disposiciones.

El domingo siguiente á esta reconciliación, el duque de Orleans se presentó á ofrecer sus respetos al rey y á la reina en la corte. Una multitud de cortesanos llenaba los patios, las escaleras y las antesalas y salones de las Tullerías; algunos confiando todavía en que les fuese favorable la fortuna, otros llamados de las provincias por su desdichado amo para sufrir con él el infortunio, única recompensa que podía prometerse la fidelidad á la sazón. La inesperada aparición del duque de Orleans, cuya reconciliación con el rey no se había traslucido aún, cubrió los semblantes de todas aquellas gentes de admiración y de horror. Un murmullo continuado de indignación corrió por aquellos grupos al verle, y aunque se separaron para abrirle paso, manifestaron todos en sus rostros lo mucho que les repugnaba tan odioso contacto. En vano trató de hallar una sonrisa cariñosa ó una señal de respeto entre todas aquellas gentes. Al ir á entrar en el cuarto del rey, los cortesanos y los guardias, volviéndole la espalda, se apiñaron con afectación en las puertas; por lo cual, viendo que le era imposible entrar allí sin mover un escándalo, se dirigió al cuarto de la reina. La mesa estaba puesta. «¡Cuidado con lo que coméis!»—exclamaron varias voces, como si quisiesen indicar que el duque era un envenenador. Indignado éste se ruborizó, poniéndose pálido en seguida como un difunto, y atribuyó al odio que la reina le tenía los insultos de que acababa de ser víctima. Inmediatamente bajó las escaleras para salir de palacio, pero allí le aguardaban nuevos ultrajes, llegando la insolencia hasta el extremo de escupir desde lo alto del tramo superior de la escalera sobre sus vestidos y sobre su cabeza. Los

puñales no le hubieran causado heridas tan crueles como estos asesinatos del desprecio. Con las mejores disposiciones había entrado en palacio, pero salió de él convertido en enemigo implacable, y convencido de que ya no tenía otro sitio en donde refugiarse del furor de la corte que las últimas filas de la democracia, precipitose en ellas con resolución, deseoso de hallar allí la seguridad ó la venganza.

El rey y la reina supieron bien pronto los insultos que había recibido el duque, y á pesar de que ellos no habían mandado que se le hiciesen, tampoco trataron de repararlos ni de darle la debida satisfacción de ellos. Quizá se alegraron interiormente de la ira imprudente de aquellos palaciegos, que tanto habían humillado á su enemigo. La reina



Dumouriez en el combate de Klostercamp.—Pág. 319.

concedía sus favores con ligereza y era imprudente en sus odios. El rey era muy bondadoso, pero le faltaba gracia para hacerse querer. Una palabra de Enrique IV hubiese bastado para castigar como se merecían á aquellos atrevidos cortesanos, y para atraer al príncipe á sus piés: Luis XVI no supo decirla, el resentimiento fué aumentándose en

medio del silencio, y el destino se cumplió.

El duque de Orleans, unido á los girondinos por sus relaciones con Petion y con Brissot, se separó de ellos aquel mismo día para pasarse á los jacobinos. Abrió las puertas de su palacio á Danton y á Barrere, y ya no se le volvió á encontrar sino en los partidos extremos, á los cuales siguió por todas partes en silencio, sin vacilar ni retroceder un solo día. ¡Cuál fué el resultado? La república, el regicidio y la muerte.